

## Caminos de sangre

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

NOTA—Escrito sobre una experiencia verídica, en el propio escenario donde su acción se desarrolla —las selvas y las abras, los ríos salvajes, las aldeas y los ocultos senderos de Urabá— este cuento da testimonio de una superada época en la vida colombiana, cuando las fuerzas del orden perdieron eventualmente su misión y sus tradiciones. Una época en que, subvertidos los valores, Colombia perdió su paz y el delito andaba suelto por su azarosa comarca. A. L. G.

— I —

*Octavio* (cautelosamente, en voz baja)—¿Quién es?

*Clotilde* (tras de la puerta cerrada)—Soy yo, patroncito Lotero...

*Octavio*—¿Quién es yo?

*Clotilde*—Clota... La mujer de Pablo...

*Octavio* (franqueando la entrada)—¿De dónde vienes ahora?

*Clota*—Del rancho, señor.

*Octavio*—¿Sola?

*Clota*—Sola vengo.

*Octavio*—¿Pasaste por el campamento de la policía?

*Clota*—Sí, pero no había nadie cuando pasé.

*Octavio* (prudente)—¿Estás segura de que no había nadie?

*Clota*—Sí, patrón. Me fijé muy bien. No había nadie a la vista.

*Octavio*—No digas bobadas, Clota. Gente tenía que haber. No vas a creer que el campamento lo iban dejando solo así no mas. Adentro tenía que haber alguno, o quién sabe cuantos... Precisamente lo raro y sospechoso es que no hubiera nadie a la vista, en la guardia.

*Clota*—Así será cuando usted lo dice. Pero le juro que yo no vi a naide.

*Octavio*—Te lo creo. Pero es casi seguro que ellos te han visto a tí, y a lo mejor te han seguido.



*Clota* (rencorosamente)—Eso mismo pensé yo... Como si no conociera a los facinerosos... Pero después de que pasé por el campamento me escondí un ratito en el rancho abandonado de la negra Jesús, pa ver si me seguían. Y apenas noté que no, me vine.

*Octavio*—Está bien, Clota. ¿Qué pasa?

*Clota* (tristemente)—Pablo sigue muy mal.

*Octavio*—¿No se le mejora la herida?

*Clota*—Nada, señor. Hoy la tiene más fea. Anoche pasó en un solo quejido, el pobre. No pudo pegar los ojos.

*Octavio*—¿Dónde está?

*Clota*—Allá mismo, en la montaña. Donde usted lo dejó anoche. Yo quería saber si lo podemos traer al rancho... ¿Usted qué dice?

*Octavio* (contundente)—De ninguna manera. Hay que dejarlo allá. No queda otro remedio. El rancho está vigilado, no te quepa duda. Si lo llegan a traer no dura un día vivo.

*Clota* (desolada)—¿Y entonces qué hago?

*Octavio*—Dejarlo allá, por lo pronto. No hay más que hacer. Después veremos... Afortunadamente la herida no es muy grave y Pablo es un hombre fuerte. ¿Por lo menos está en lo seco?

*Clota*—Sí, señor. Yo misma le hice un ranchito con hojas de palma y le improvisé una media tarima pa que esté en lo seco por lo menos.

*Octavio*—¿Le llevaste las latas?

*Clota*—Sí, patrón. Y la botella de aguardiente. Midios se lo ha de pagar por todo... Qué tal si no fuera por usted... También le llevé una mucurita de agua.

*Octavio*—¿Y los otros?

*Clota*—Todos están escondidos por ese mismo lao. Roque está mejor de lo del brazo... Pero el viejo Tobías se murió anoche. Esta mañana lo tuvieron que enterrar ai mismo, a la orilla del río.

*Octavio* (amargamente)—Qué remedio. Si lo hubieran venido a enterrar en el caserío, allí los hubieran liquidado a todos.

*Clota* (ansiosamente)—¿Entonces qué le digo a Pablo, patroncito por la Virgen?

*Octavio* (tranquilizador)—Díles a todos que tengan paciencia. Ya me llegaron las inyecciones y los desinfectantes. Esta noche, si Dios quiere, voy a hacerles una buena cura mientras tanto. ¿Cómo están de víveres?

*Clota*—Pues será bien. Con lo que usted le mandó a los otros se están bandiando.

*Octavio*—En el parapeto de los aserradores, a la orilla del caño, hay unas cositas... Te dejé un toldillo para que le pongas a Pablo... Tienes que llevarte todo eso esta misma tarde, no sea que de pronto... Y díles que tengan mucho cuidado. Que no prendan hogueras, y que si de noche encienden velas, que las apaguen lo más pronto posible.

*Clota*—Bueno, señor. Ahora mismo voy a llevarlo todo. Y que Dios lo bendiga.



*Octavio*—No. Ahora no. Un poco más tarde... Tienes que abrir bien los ojos, Clota, para estar segura de que no te sigue la policía. Tienes que saber que si los llegan a encontrar nos fregamos todos y no queda uno vivo.

*Clota*—Pierda cuidao, señor. Yo se como hago mis cosas. Pa seguimen a mí, por los andaderos que yo se, tienen que saber mucho.

*Octavio*—Bueno, está bien. En todo caso te lo advierto. De ti depende todo en este momento.

*Clota*—¿Y usted, don Octavio?

*Octavio*—Esta noche voy. Díles eso.

*Clota* (intranquila)—Pero cuídese, por lo que más quiera. Si lo llegan a coger a usted, qué van a hacer todos los guerrilleros del Golfo?

*Octavio* (seguro)—Andate tranquila, Clota. Llévales pronto el encargo, que es de mucha urgencia... Por mí, yo respondo. Los policías me tienen confianza todavía... Ojalá que no me la pierdan.

*Clota*—Ojalá...

*Octavio* (apremiante)—Y ahora, lárgate. Será mejor que salgas por la parte de atrás y cojas el camino de abajo para no volver a pasar por el campamento.

— II —

(Dos noches más tarde, en la casa de "La Solera", Octavio Lotero atiende amistosamente, aunque con íntimas reservas, a un huésped de cuidado. Se trata del cabo Rojas, comandante del pelotón policial acantonado en la región y alojado a solo trescientos metros de la casa del enfermero-hacendado).

*Rojas* (mirando el paisaje)—Bonita hacienda está montando usted aquí, señor Lotero. Ojalá se la dejen gozar.

*Octavio*—Ojalá... La vida aquí es difícil, cabo, con esta intranquilidad que tenemos...

*Rojas*—Pero hasta el momento usted no ha tenido problemas.

*Octavio*—Dios me libre... A mí lo único que me interesa es mi trabajo. Hace quince años que vivo en estas soledades, y creo que aquí voy a morir. Soy un hombre sin mayores ambiciones.

*Rojas* (vivamente)—¿Cómo que sin ambiciones? Nosotros sabemos que es rico. Con solo esta propiedad que tuviera...

*Octavio*—Pues no tengo más. Y lo que tengo es esto que usted ve: una casa apenas decente y unos potreros para ciento cincuenta o doscientos animales.

*Rojas*—¿Y la montaña?

*Octavio*—Montaña, eso sí, toda la que quiera... Más de lo que yo puedo abrir. La titulación que tengo abarca mil hectáreas, pero para qué. Mucha tierra pero sin plata para hacerla producir.

*Rojas* (maliciosamente)—Perro es lo que es usted, don Octavio.



*Octavio*—No. La pura verdad. Para hacer una ganadería es mucha la plata que se necesita.

*Rojas*—El ganado da pa todo.

*Octavio*—Eso es cuando hay ganado. Yo no tengo más que unos pocos animales, y lo que me sobra es pasto. Si por lo menos pudiera conseguir unas cien reses en compañía, me reiría del hambre.

*Rojas*—Pero ai va. Ojalá todos por aquí estuvieran tan organizaos.

*Octavio*—No me quejo, claro está. Sobre todo si me comparo con esta pobre gente de la región, soy un millonario, la verdad sea dicha.

*Rojas* (irónico)—¿Y por qué dice “esa pobre gente”?

*Octavio* (cauteloso)—Porque eso es lo que son todos. Unos infelices que trabajan el día para comer la noche.

*Rojas* (sarcástico)—¿Así es la cosa? Una partida de bandidos es lo que son. Todos ladrones y enemigos del gobierno.

*Octavio* (suavemente)—Lo de ladrones, no se, porque a mí nunca me han quitado nada.

*Rojas* (beligerante)—¿Pero son o no son enemigos del gobierno?

*Octavio* (reposadamente)—Pues hasta serán. Ese no es asunto mío sino de ustedes.

*Rojas*—Y suyo también, perdóneme que se lo diga. Todo buen ciudadano tiene que ser amigo del gobierno si quiere vivir en paz.

*Octavio* (sobriamente)—Yo me precio de ser un buen ciudadano. No le hago mal a nadie. Antes por el contrario, procuro servir en lo que puedo.

*Rojas* (con intención)—¿A cualquiera que sea?

*Octavio* (sin darle importancia)—Pues, mi querido cabo Rojas, eso siempre tiene sus más y sus menos. La cosa está, creo yo, en no meterse con nadie.

*Rojas*—¿De modo que usted no se mete?

*Octavio* (riendo)—Yo qué me voy a meter. No me metía cuando estaba muchacho, mucho menos ahora que tengo mis años...

*Rojas* (secamente)—Hace muy bien.

*Octavio*—¿Entonces estamos de acuerdo?

*Rojas* —Naturalmente.

*Octavio* (llanamente)—Yo soy apenas lo que usted ve, cabo: un montañero pegado a su tierra. Tengo cincuenta años, y fuera de mi mujer, no quedará nadie que me llore... Lo único que quiero es que, si muero primero que ella, no se quede en la pura calle... No hay necesidad de que sea rica. Ella también va estando vieja y le bastará un pequeño pasar...

*Rojas*—Me gusta su modo de ver las cosas.

*Octavio*—Me parece una tontería complicarse la vida.

*Rojas*—Sepa que me encanta oírlo hablar así.

*Octavio*—Siempre lo he hecho así. Procuro vivir en paz con todo el mundo.



*Rojas* (intencionadamente)—¿Con todo el mundo?

*Octavio*—Naturalmente. ¿Es que no le parece a usted?

*Rojas*—En ese punto no estamos de acuerdo. Los enemigos son los enemigos.

*Octavio*—Yo no los tengo. Le ayudo a todo el que buenamente puedo, y eso es todo.

*Rojas*—No tiene que decírmelo. Nosotros, los defensores del gobierno, sabemos muy bien que usted le ayuda a los bandidos.

*Octavio* (tranquilo)—¿Que les ayudo? Valiente ocurrencia. Déjese de bromas, cabo Rojas, y tómese un trago.

*Rojas*—Sí, nos lo tomamos, don Octavio, pero...

*Octavio*—¿Aguardiente o ron?

*Rojas*—Aguardiente más bien. Y échemelo grandecito a ver si en eso va.

*Octavio*—Eso es, que se sienta...

(Breve pausa).

*Rojas*—Y, como le decía, o mejor dicho como le iba a decir, nosotros, los defensores del gobierno, sabemos que usted, como enfermero que es, atiende a los bandidos... ¿Es cierto o no?

*Octavio* (sin darle importancia)—Claro que es verdad. Cuando me lo piden los atiende. Es mi deber como enfermero. ¿Qué voy a hacer, en una región tan grande como esta, donde no hay un solo médico y las únicas medicinas que llengan son las que me vienen a mí?

*Rojas*—Usted puede pensar lo que quiera y hacer lo que le parezca mejor. Pero yo le digo, como amigo, que me parece una cosa muy peligrosa...

*Octavio*—¿Peligrosa por qué, cabo? A ustedes también les sirvo en lo que puedo porque es mi deber. ¿No es así?

*Rojas*—Así es, y créame que se lo agradecemos. Por eso le hablo como amigo y por eso estoy en su casa.

*Octavio*—¿Y le parece que hago mal curando a los heridos que dejan ustedes en las batidas, como los curo a ustedes?

*Rojas*—Ya le dije que lo veo peligroso para usted. Esos bandidos son enemigos del gobierno. Le digo que es un asunto delicado y que puede traerle complicaciones.

*Octavio*—Yo no creo, cabo. No hago más que cumplir de buena fe con mi conciencia... Si hay violencia, no es por culpa mía... Cuando hay un hombre con una bala adentro yo no puedo preguntar si es policía o si es bandido, como usted dice. Para mí es un hombre a quien hay que sacarle una bala del cuerpo, o estancarle la sangre, o atajarle una infección.

*Rojas* (sarcástico)—O enterrarlo si está muerto.

*Octavio* (con fúnebre humor)—Pues también. Hay una obra de misericordia que manda enterrar a los muertos.



(Durante semanas y meses los asesinos de uniforme han merodeado implacablemente por ranchos y caseríos, asolándolo todo, en nombre de una mentida pacificación. El cabo Rojas y su pandilla de caqui, han sembrado de tumbas los campos de Peque y Uramita. Han quemado los ranchos, asolado los corrales, aterrado a las mujeres, golpeado a los niños... De ello hablan ahora en la casa de "La Solera", Mira, la esposa de Octavio Lotero, y Clota que tiene a su marido bajo la tierra).

*Clota* (sollozando)—Le digo que no fue culpa mía, niña Mira... Yo lo atendí como pude. ¿Pero qué iba a hacer? No lo podía traer al rancho pa cuidarlo yo misma, porque me lo mataban los policías.

*Mira* (consoladora)—Claro que no podías, mujer. No te atormentes que ya por lo menos Pablo descansó.

*Clota*—No es por atormentáme, niña. Pero si hubiera tenido quien lo viera, ai estaría vivo, cuidando de la mujer y de los hijos. Como lo hacía siempre... Pero figúrese usted... Metido en la montaña, sin quien le arrimara una totuma de agua...

*Mira*—Sí, es espantoso.

*Clota*—Tenía que pasar así... Cogió frío y se le gangrenó la pierna. Claro, se tenía que morir.

*Mira*—Pero nada ganas con afligirte. Lo que ahora tienes que hacer es preocuparte por esos niños.

*Clota* (desesperada)—¿Pero qué vamos a hacer, niña?

*Mira* (gravemente)—Vivir.

*Clota*—¿Pero vivir cómo? No tenemos nada. Hasta el rancho nos lo quemaron. No quedó ni una gallina siquiera. Usted sabe que Pablo no tenía más que sus brazos.

*Mira*—Pero queda la misericordia de Dios.

*Clota*—En ella espero, niña. ¿Pero qué puedo hacer ahora? Estoy de posada en el rancho de Pascual Quintero. No es posible seguir allí.

*Mira*—¿Por qué?

*Clota*—Porque no hay modo. Ellos tampoco tienen nada. Todo se los quitaron. Están pasando hambre.

*Mira*—Te vienes para acá con los muchachitos.

*Clota* (emocionada)—¿Aquí? ¿A esta casa? Pero si la tiene llena...

*Mira*—No importa. Algún rinconcito tendrá que haber. Por lo menos no pasarán hambre.

*Clota* (sollozando)—Qué buena es usted, niña Mira... ¿Me puedo venir mañana?

*Mira*—Hoy mismo, si quieres. Ya hablé con Octavio. El mismo fue quien me lo dijo.

*Clota* (dramáticamente)—Qué haríamos los perseguidos de esta tierra sin don Octavio.

*Mira*—Qué haríamos todos sin él, dirías mejor.



*Clota*—El ha sido como una Providencia para todos.

*Mira*—Dios le ha ayudado y él ha cumplido con su deber... ¿Qué noticias hay?

*Clota*—Las mismas de siempre. Al menos se han llevado a la policía. Tal vez ahora no nos hagan tantos males...

*Mira*—Dios lo quiera.

*Clota*—¿Qué horas son, niña?

*Mira*—Van siendo las siete... Si quieres venirte esta misma noche con los muchachitos, tiene que ser pronto porque la noche va a ser muy oscura. La luna no sale antes de las once.

*Clota*—Entonces me voy.

*Mira*—Llévate mi linterna para que te alumbres por el camino.

*Clota*—No hay necesidad, niña *Mira*. Estoy acostumbrada a caminar por la noche aunque esté oscuro. Con esta vida que hemos llevao desde hace tanto tiempo, escondiéndonos a todas horas en la montaña, sin poder siquiera prender una luz, uno se acostumbra.

*Mira*—No importa. Llévate siempre la linterna. Ahora que no hay patrullas por aquí, ni importa que te vean.

*Clota*—Como usted quiera, señora.

*Mira*—De regreso, cuando salgas a la carretera, vente todo el camino a pie. Ya sabes que es muy peligroso meterse en algún vehículo desconocido.

*Clota*—No tenga cuidado, niña. Nos venimos a pie... Los carros no paran de noche en el camino...

— IV —

(Junio llueve copiosa y rumorosamente sobre los tejados y los campos de "La Solera". Más allá de los ventanales de anjeo que cuadrículan el paisaje, sobre los potreros de elefante, sobre los bosques lejanos y las charcas sonoras de ranas, llueve también. En el salón del piso alto, frente al panorama desconsolado, Octavio y su esposa hablan pausadamente...).

*Mira* (intraquila)—Dicen que el cabo Rojas va a regresar con su gente. No me gusta nada.

*Octavio*—Ni a mí.

*Mira*—Es un mal hombre.

*Octavio*—Lo peor que ha venido por estas tierras.

*Mira*—Quién sabe cómo te irá con él en esta ocasión. El corazón me dice que algo malo nos va a suceder. Tengo miedo por ti.

*Octavio*—¿Por qué? Cuando Rojas se fue nos estábamos entendiendo como buenos amigos.

*Mira*—Eso parecía. Pero esos hombres te aborrecen, Octavio. No te perdonan que hayas socorrido a los campesinos. Saben que la casa está llena de gente desplazada, como dicen ahora.



*Octavio*—Pero no saben nada concreto en contra mía.

*Mira*—Eso crees tú.

*Octavio*—Sí, eso creo. Me imagino que guardan cierto agradecimiento por los pequeños servicios que les presté cuando estuvieron aquí.

*Mira* (con creciente inquietud)—No te hagas ilusiones, Octavio. Ellos te están buscando la caída. Es como un presentimiento que tengo.

*Octavio*—Puede ser. ¿Entonces qué quieres que hagamos?

*Mira*—Que nos vamos a Medellín o a cualquiera otra ciudad mientras pasa todo esto.

*Octavio*—¿Tienes miedo?

*Mira* (cariñosamente)—Desde que esté contigo no tengo miedo de nada.

*Octavio*—Gracias, vieja. Yo tampoco temo a nada siempre que estemos juntos. Si tú quieres nos vamos... Pero no por gusto mío. En esta tierra hemos sufrido y trabajado por más de quince años. Se me hace muy duro dejarla. Podría despacharte a Medellín mañana mismo.

*Mira* (decididamente)—Eso ni soñarlo. No te dejaré aquí.

*Octavio*—Eres la mejor mujer del mundo, Mira.

*Mira*—No. Soy sencillamente la mujer tuya. Te quiero acompañar en lo bueno y en lo malo hasta el fin.

*Silverio* (a gritos, desde el patio)—Don Octavio... Don Octavio...

*Octavio* (también a voces)—¿Qué ocurre? Aquí estoy, Silverio.

*Silverio* (entrando como una tromba)—Una noticia maravillosa.

*Octavio*—Cálmate, hombre. ¿Qué pasa que estás tan asustado?

*Silverio* (jubilosamente)—Asustado no, patrón, feliz.

*Mira*—¿Pero qué es lo que pasa?

*Octavio* (impaciente)—Sí, hombre. Desembucha, por fin.

*Silverio* (gozosamente)—Cayó el gobierno, patrón.

*Octavio* (vehemente)—¿Cayó el gobierno?

*Silverio*—Sí... Desde hace tres días... Como nosotros vivimos en la cola del mundo, no había modo de que lo supiéramos. La noticia llegó a Chigorodó hace apenas dos horas, y me vine corriendo a contárselo a ustedes.

*Octavio* (profundamente emocionado)—Es maravilloso... Sencillamente maravilloso.

*Mira*—Démosle gracias a Dios.

*Octavio* (reponiéndose)—¿Y qué más?

*Silverio*—La policía ha recibido órdenes de retirarse definitivamente de esta región. En veinticuatro horas no quedará un solo uniforme en todo Urabá.

*Mira* (fervorosamente)—“Dios consiente pero no para siempre”...